

Presentación de Historia, memoria y fuentes orales

Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga (comps.), Buenos Aires, CeDInCI/Memoria Abierta, 2006

El jueves 27 de abril de 2006 se presentó en la Feria del Libro el volumen **Historia, memoria y fuentes orales**, editado conjuntamente por el CeDInCI y Memoria Abierta y compilado por Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga. El libro, que se abre con un artículo de los compiladores, reúne trabajos de Alessandro Portelli, Alejandra Oberti, Elizabeth Jelin, Mercedes Vilanova, Marieta de Moraes Ferreira y Selma Leydesdorff, y fue pensado, también, como un homenaje póstumo a Dora Schwarzsztajn, pionera de la historia oral en la Argentina. En la presentación hablaron Patricia Valdez, Hilda Sabato, Dora Barrancos y Roberto Pittaluga. Aquí ofrecemos a los lectores algunos fragmentos de las intervenciones de Hilda Sabato y Dora Barrancos.

Hilda Sabato

Es un placer estar hoy celebrando la presentación del libro editado por Memoria Abierta y el CeDInCI y producido por Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga. Y es un gran honor hacerlo en el marco de un homenaje a Dora Schwarzsztajn, historiadora no complaciente, mujer comprometida, amiga entrañable. También es un desafío, que voy a encarar en varios pasos. Abordaré de manera muy breve dos cuestiones que dan sentido a este libro y que lo enmarcan: la cuestión más general de los procesos de construcción de memorias y el lugar que ocupa el Archivo Oral de Memoria Abierta en ese sentido. Y luego me referiré al libro mismo y a sus contenidos.

Estamos viviendo un momento en que el tópico de la memoria colectiva se ha convertido en cita obligada de todo discurso público. Después de tantos intentos por obliterar los recuerdos del traumático pasado reciente, hay que celebrar que finalmente los esfuerzos y las luchas de los organismos de derechos humanos y de otros sectores de la sociedad por abrir ese pasado hayan dado sus frutos y la discusión sobre el tema haya trascendido socialmente. Es cierto, también, que se corre el riesgo de la banalización y aún de la saturación que pueden llegar a vaciar de sentido hasta el propio concepto de memoria colectiva. A veces, cuando escucho a ciertos personajes mediáticos que solo ahora se acuerdan del tema en función del *rating*, temo que estemos bordeando la trivialización. A pesar de todo esto, y parafraseando a Yarushalmi cuando hablaba de las relaciones entre historia y memoria, insistiría en que "Si me es dado elegir, me pondré del lado del 'exceso' de memoria (él decía "de historia"), tanto más poderoso es mi terror al olvido que el temor de tener que recordar demasiado".

En este contexto, entonces, no voy a detenerme en consideraciones sobre las memorias colectivas salvo para plantear una

serie de preguntas y cuestiones que se vinculan con el libro que hoy estamos presentando. Sabemos que la construcción de memorias colectivas es una operación cultural que se funda sobre valores. En esa tarea el pasado se convierte en una cantera para la recuperación de experiencias y materiales ordenados como relato que se quiere "ejemplar" para la constitución de una sociedad o grupo particular. Lo que implica un trabajo permanente sobre los aspectos de ese pasado que se busca conservar y transmitir hacia el futuro.

¿Cuál es el legado que se desea constituir como tradición? ¿Cómo se abordan las experiencias traumáticas para el grupo? ¿De qué manera cada generación revisa y reconstruye ese pasado? ¿Cómo se vinculan las memorias individuales con las colectivas? ¿Cómo se articulan las memorias de grupos parciales dentro de un mismo colectivo? Estas operaciones culturales pueden contribuir a definir y abonar identidades no esencialistas pero pueden también generar encapsulamientos, visiones autoritarias e intolerantes del otro. El terreno es ciertamente riesgoso, sobre todo cuando hablamos de esa comunidad humana particular que es la nación. Porque como ha señalado Hugo Vezzetti: "Dado que la sociedad no es concebible como un actor colectivo homogéneo y no hay un fundamento esencial permanente, coexisten memorias y tradiciones diferentes" que remiten a constelaciones de valor también diferentes.

Reitero aquí algunos interrogantes que me formulo desde hace tiempo. ¿Es posible construir una memoria colectiva nacional que no aplaste la diversidad pero que a la vez reconozca los valores de la democracia como fundantes del pacto colectivo? ¿Es posible entenderla ya no como esencia ni como suma de memorias particulares sino como un relato inestable y en permanente revisión que, sin obturar la diversidad, recupere del pasado hechos que permitan consolidar valores democráticos?

En esta búsqueda, un punto clave refiere a la construcción de la memoria colectiva sobre el pasado reciente del terrorismo de Estado y la dictadura militar. Se ha reflexionado mucho sobre cómo un grupo humano, una colectividad, una nación, recupera, elabora, enfrenta situaciones traumáticas. En nuestro caso, ese trabajo está —como vemos— en pleno desarrollo, con todas las dificultades que una tarea de esa índole plantea. ¿Cómo rescatar del olvido futuro el pasado de la dictadura más sangrienta de nuestra historia e incorporarla a nuestra memoria colectiva?

Por cierto que hay diferentes versiones de ese pasado y que la lucha por dar sentidos específicos a los contenidos de la memoria se multiplican y seguirán multiplicándose. Pero, y vuelvo

a los mismos interrogantes de siempre: ¿Es posible lograr un consenso, amplio, básico, y que será sin duda inestable, en la interpretación del terror de manera tal que se constituya en un núcleo compartido colectivamente por quienes se identifican con la Argentina como comunidad fundada sobre los valores de la democracia, sobre el pluralismo, la vigencia de los derechos humanos, la igualdad y la libertad? ¿Y que ese consenso a su vez habilite la diversidad de memorias?

[...] Reunir documentos, crear archivos para conservarlos y abrirlos al público, todo ello forma parte fundamental de la construcción de las memorias, pero lo es mucho más en este caso, pues estamos hablando de un período durante el cual el poder oficial actuó en las sombras y luego buscó borrar las huellas de sus acciones criminales. Los actores sociales, por su parte, atraídos por el miedo, la complicidad y la culpa también silenciaron. De manera que recuperar el pasado en sus diversas facetas es una tarea ardua, compleja y que requiere de voluntad férrea, de esfuerzo sistemático y también, claro está, de valor personal.

En ese marco, construir un archivo oral ha sido una iniciativa especialmente importante. Reunir testimonios, recuperar voces, fomentar el recuerdo, dar lugar a la reconstrucción de historias personales y colectivas por parte de los protagonistas, registrar el pasado a través de la rememoración de quienes fueron, de diferentes maneras, afectados por el terrorismo de Estado. Todo ello ha implicado un enorme trabajo de construcción, pues de eso se trata este archivo, de construir una documentación que no tenía existencia previa.

[...] Llegamos así a este libro, compilado por Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga. Todos ellos fueron miembros del equipo del Archivo Oral y participaron de su concepción, diseño y puesta en marcha desde los comienzos. Luego de cinco años de labor, con el apoyo de Memoria Abierta y del CeDInCI, presentan un volumen que tiene, a mi manera de ver, varios propósitos. En primer lugar, rendir homenaje a Dora. Como dicen los autores en su introducción, “el mejor homenaje era hacer una contribución en el mismo sentido en el que ella había orientado su labor como intelectual”. En segundo lugar, reflexionar sobre una experiencia, la del Archivo Oral, a partir de los problemas, los interrogantes y los debates que ellos mismos enfrentaron en su tarea como constructores del mismo. Y finalmente, reunir trabajos que, según los autores: “abordan teórica y/o metodológicamente algunas de las múltiples dimensiones de la problemática de la realización de entrevistas y de su interpretación como fuentes históricas”. Replican así, de alguna manera, un gesto previo de Dora: la compilación del ya clásico volumen sobre “La historia oral” que reunía una selección de textos importantes para incidir sobre el desarrollo de ese incipiente campo historiográfico en nuestro país.

En esas tres dimensiones, el libro no defrauda. Es, sin duda, un homenaje intelectualmente sólido y afectivamente cálido a Dorita.

En segundo lugar, el primer capítulo “Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la constitución de un archivo oral sobre el terrorismo de estado en la Argentina” nos acerca a las dificultades de una tarea inédita en el país, dificultades que abarcan desde las más técnicas hasta las específicamente políti-

cas o las de índole ética, todas ellas estrechamente conectadas entre sí. ¿Cómo definir el terrorismo de Estado? ¿A quiénes entrevistar y por qué? ¿Qué preguntar y qué omitir? ¿Cómo hacerlo? ¿Qué lugar darle a la propia subjetividad del entrevistador? Preguntas aparentemente sencillas; cada una de las cuales, sin embargo, se abre a un abanico de posibilidades con implicancias específicas que fue necesario discutir y desbrozar antes y durante la realización de las tareas concretas.

Los autores despliegan aquí sus propias dudas y los caminos elegidos en cada caso. Más reticentes son, en cambio, en relación con los problemas concretos que pueden haber surgido durante esta experiencia. De todas maneras, en este punto también se puede subrayar el éxito de la estrategia que llevó adelante Dora tendiente a —y cito— “disolver los usos ingenuos de los testimonios orales y replantear el activo rol del historiador en la construcción de la fuente oral”. El capítulo muestra muy bien el grado de elaboración, de artificio construido, que tienen estas entrevistas. En este caso los entrevistadores no están produciendo una fuente en función de un proyecto específico de investigación, como ocurre en otros casos e incluso en algunos de los que están volcados en el resto del libro. Pero de todas maneras, esa fuente que ahora han creado también fue forjada según objetivos y lineamientos previos que sin duda han modelado los resultados. Sería interesante en el futuro rastrear la experiencia de investigadores u otros usuarios que no hayan participado en la producción de esta fuente y que recurran a ella en términos de sus respectivas agendas.

El resto del volumen recoge trabajos muy diversos que van desde un sugerente artículo de Elizabeth Jelin sobre las dificultades de narrar lo “invisible” en el caso de quienes fueron prisioneros en Auschwitz y otros campos hasta un interesante texto de Portelli sobre las representaciones de la pobreza en la cultura apalachense, pasando por trabajos de Alejandra Oberti sobre los relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político militares en los años ‘70 en la Argentina, de Marieta de Moraes Ferreira sobre la experiencia de algunos actores de la izquierda durante y después de la dictadura en Brasil, de Mercedes Villanova sobre memoria e historia escrita, y de Selma Leydesdorff sobre los recuerdos de un artesano que pasó por el campo de Mauthausen y sus anexos durante la ocupación alemana.

Más allá de la común referencia a entrevistas y testimonios, me pregunté qué tenían en común estos trabajos. No me convenció la definición de los propios compiladores cuando dicen que ellos “abordan teórica y/o metodológicamente algunas de las múltiples dimensiones de la problemática de la realización de entrevistas y de su interpretación como fuentes históricas”. Pues si bien algo de eso hay, en casi ningún caso ese abordaje es sistemático. Mucho menos, todavía, encuentro en cuanto a la interpretación de las entrevistas como fuentes históricas. En cambio, me parece que lo que hace atractivo a este heterogéneo conjunto de artículos es que cada uno de ellos, a su manera, también da cuenta de una experiencia concreta de producción y utilización de testimonios orales, y con estilo singular, plantea directa o indirectamente nuevos interrogantes en torno a la historia oral y sus usos.

Extraño, sin embargo, algún texto que se pregunte por el lugar del testimonio en la cultura contemporánea, así como por los alcances y límites de la entrevista como fuente historiográfica. También, algún análisis sobre la relación entre memoria individual y memorias colectivas, un concepto que ahora ha sido duramente cuestionado por un pensador de la talla de Reinhardt Koselleck, recientemente fallecido. Por cierto que éstos son simplemente mis deseos, pero quizá los estimule para pensar un nuevo libro.

Para terminar, quisiera volver sobre el primer punto y sobre mi optimismo respecto a la posibilidad de construir memoria colectiva (memorias colectivas) que sirva para el fortalecimiento de la democracia y el pluralismo. Decía que el Archivo Oral y este libro —junto con otras muchas tareas realizadas y en marcha— muestran que aquella meta es posible. En los conflictos por dar sentido al pasado, la apuesta por —cito nuevamente— “construir un universo plenamente abarcativo de las voces y experiencias de los distintos sujetos implicados” contribuye sin duda a esa tarea sin fin de rescatar y poner en circulación historias silenciadas.
Dora Barrancos

En primer lugar me gustaría decir, vivamente, la enorme satisfacción que tuve cuando los autores me invitaron a participar de esta presentación. Tenía obviamente la indicación de Memoria Abierta y del CeDInCI, que están aquí aliados en la conformación del artefacto, en el sentido obligado de la memoria de Dorita Schwarzstein. No pude evitar recordar las circunstancias en que la conocí a Dora; volviendo yo del exilio, ella estaba trabajando en el antiguo CEDES, y fue muy impactante para mí reconocer en Dora algunas de las cuestiones en las que yo misma participaba y un cierto *aire rural* en el sentido de que vi en Dora esa persona abierta, amable, ese estilo coloquial, que me permito señalar como rural, desde todo punto de vista encantador, y además contaba el hecho de tener una discreta humildad y un tono alegre para comunicar la ruta que ya en aquel momento estaba haciendo. Dorita ya pensaba en lo que luego sería su libro **Entre Franco y Perón**. De modo que, memoria por memoria, fui obligada a plantearme las circunstancias en que conocí a Dora. Generalmente, cuando nos encontrábamos, casi siempre en circunstancias académicas, ambas nos arreglábamos para hacer lo “para-académico”, que como ustedes saben es mucho más divertido que lo académico. Y, efectivamente, en esas fronteras abiertas de los coloquios, en esas nervaduras paralelas a los congresos, es donde yo fecundé, creo, una amistad muy especial con Dorita. Por lo tanto quiero celebrar en este texto, la propia idea que seguramente hubiera tenido ella de haber vivido, respecto de la celebración de los asuntos que tanto le importaban y le incumbían y que la tornaron una de las más ricas oficiantes en nuestro medio: el oficio de la historia oral, esto de construir fuentes orales.

Como el libro me fue entregado casi sobre la hora me fue casi imposible dar la debida lectura a todos los textos y privilegié, desde luego, la factura nacional. Es que este libro posee *charme* internacional: convoca a figuras notables, locales e internacionales, y esto lo hace además muy estimulante. Me dedicaré, entonces, a pasar rápido por el trabajo de auscultamiento de las cuestiones que se tratan en el espacio local, y a demorar un

poco nomás —no creo que logre lo que ha hecho Hilda, un trabajo hermenéutico agudo— en ver algunos aspectos que, creo, recorren por lo menos estos textos que se refieren a nuestro gran trauma nacional. Y finalmente voy a proponer una crítica fraterna a una gran intelectual argentina que recientemente ha escrito un texto —me refiero a Beatriz Sarlo y su reciente libro **Tiempo pasado**— con el cual, con mucha fraternidad me propongo disentir sobre algunas cuestiones.

El primer artículo del libro **Historia, memoria y fuentes orales** es el que abre puertas, y corresponde a Federico, Vera y Roberto. Efectivamente toca cuestiones que suscitan alguna inquietud y que podrían ser objeto, tal vez, de un seminario. Por ejemplo, el aspecto, creo, del silencio historiográfico sobre el pasado reciente, y esa escisión entre historia y política; porque me parece que apelar justamente a esta escisión tiene que ver, según mi interpretación, con el tono intelectual un tanto esquivo en lo relativo a la articulación entre política y oficio intelectual. Me parece que esta condición esquivada en que se colocó gran parte del mundo intelectual, y no apenas la historiografía, tiene bastante que ver con que fue una actitud de distanciamiento en orden a que no nos fuera a ocurrir lo que en el pasado nos ocurrió, esa preeminencia de lo político que fue muy alteradora de sentidos, como todos sabemos.

Por otro lado, me parece que hay algo muy inspirador en el texto de los compiladores que permite volver a cierta centralidad que tiene la historia oral en aquellos que han sido victimados directamente por el terrorismo de Estado en nuestro país, y que los autores colocan en el sentido de la multiplicidad de voces. La memoria, aun con el mismo oficiante haciendo uso de la memoria, no es la misma según la condiciones de posibilidad de expresión. Y nos encontraríamos hablando de manera diferente tantas veces como convocados a la entrevista. A menos que ocurra lo que Elizabeth Jelin coloca con tanta pericia: cuando la memoria, a veces, se niega a la subjetividad, cuando a veces la memoria crea una crispación ritual que somete la subjetividad. Es bastante común que haya una ritualización del oficio de memorizar que efectivamente redunde en una crispación ya sin sentido, algo que, diría Lacan, no produce. Yo creo que en este texto de los compiladores, como en el resto de los textos, hay también un sentido muy interesante de renovación erudita en el hecho de que dan cuenta de que hay voces y experiencias, pero hay silencios y omisiones, algo que la historia oral ha venido diciendo. Y que para nosotros, obviamente, todo silencio y toda omisión es un dato, no es una falta de dato. Como también —tal cual aparece en el texto en las citas a Levi, Améry— que el testimonio, en este caso, es un deber moral, que el testimonio es un deber del sobreviviente. Me parece que ahí hay un engarce muy bueno.

Alejandra Oberti en su texto “Contarse a sí mismas” —donde las guerrilleras mujeres hablan— además de instalarse en una perspectiva de género, tiene un momento de agudo debate entre los conceptos que parecen pares, pero son disímiles, referidos a *mismidad e ipseidad*. Efectivamente hay formulaciones de la memoria que dan en lo mismo que se repite, pero hay *ipseidad* en el sentido de la cuenta reflexiva que abre la memoria. Alejandra se pregunta: ¿quién es el sujeto que cuenta? ¿aquella? ¿ésta? O

como dice Jerome Bruner, entre lo pasado y lo posible, hay un conflicto que no siempre es explícito. En la página 57, en referencia a las narraciones de las guerrilleras que se introducen en la lucha armada pensando utópicamente que es el tránsito al esperado paraíso, dice Alejandra Oberti apelando a las formulaciones de Ricœur: “hay un momento en que el posicionamiento subjetivo se diluye casi totalmente. Es el momento en que las detenciones, exilios y muertes toman el centro de la escena narrativa. Aquí ya no hay tensión entre aquella ingenuidad originaria y el accionar consciente, no hay deslizamiento entre el pensar y el hacer. La identidad queda, si no perdida, momentáneamente suspendida, y como en los relatos de pérdida de identidad [...] estos momentos se pueden reinterpretar como pura *ipseidad* desprovista del sustento que da la *mismidad*”. He leído esta parte porque creo que es un recorte erudito y al mismo tiempo agudo, colocando conceptos en relaciones, me parece, novedosas.

El trabajo de Elizabeth Jelin está maravillosamente invadido de una erudición amplísima. Creo que Elizabeth no se priva de mencionar a nadie y lo hace con una precisión y una composición de sentidos bellísima. Shevy trabaja con algo que Lanzmann había dicho: ¿No seremos un poco abyectos cuando nos encontramos con la narrativa de lo abyecto? ¿No hay un *voyeurismo* de la abyección? ¿Por qué comprender lo que no es comprensible? Obviamente, como dice Shevy, nosotros estamos inexorablemente situados en un camino interpretativo. Por lo tanto no podemos sino socorrernos con la idea de que tenemos que comprender, aunque corramos el riesgo de cierta abyección. Ese *voyeurismo* efectivamente es necesario para que advengan los sentidos de lo silenciado, de lo derrotado, de lo derrocado. En Jelin hay un juego muy interesante de las oportunidades de acercamiento y distanciamiento en relación a varias dimensiones que me parece que juega muy bellamente en el texto. Y, voy a decir una vez más, hay testimonios que suspenden la subjetividad.

Antes de pasar a la última sección, quisiera decir que estos textos reunidos en el volumen que nos convoca, están cifrados en la elucidación del trauma, que comporta la mayor parte del libro, tal como ha contado Hilda. Pensar sobre el trauma, como en el capítulo de Selma Leydesdorff sobre Mauthausen, es realmente conmovedor, donde se ponen en diálogo los testimonios de Levi y del artesano Paul, y donde los sentidos referidos al brutal cautiverio son efectivamente diferentes; no por nada Paul sobrevivió y Levi no pudo soportar la pregunta inquisitorial sobre sí (¿por qué sobrevivió?, ¿qué hice yo?, algo debo haber hecho), y se terminó suicidando. La multivocalidad de estos textos se nos aparece como una novedad. Quien habla no habla por sí; los otros que hablan son como una polifonía pero el mismo sujeto —arriesgan estos intérpretes— afronta su multivocalidad. Elizabeth lo dice: no hay nadie que hable de sí y para sí. No existe eso: existe la trama, existe la relación. Por supuesto que la posición del entrevistador o la entrevistadora es decisiva, y nosotros sabemos perfectamente que hay gente que está dispuesta a contar algo que luego es capaz de negar, dependiendo de quién es, etc., etc.

Me gustaría finalmente entrar brevemente en algo que he anunciado que voy a hacer y que es plantear una crítica a Beatriz Sarlo. Porque yo creo que en el último texto de Sarlo, **Tiempo**

pasado, hay una colisión justamente con todas estas propuestas en el sentido de que Sarlo desautorizaría la idea de la narrativa en primera persona porque no hay testimonio posible de la verdad. A nosotros creo que no nos interesa *la verdad*, lo que nos interesa es la construcción de sentidos, lo que nos interesa como historiadoras es esta cuestión de cómo se construyen sentidos. La verdad hace mucho tiempo que está con problemas. Sarlo misma dice que no es lo mismo el acto jurídico que necesita de la verdad. Pero la verdad, nosotros sabemos, es la verdad hasta que alguien viene y dice otra cosa. Yo creo, y con esto termino, que el de Sarlo es un texto muy interesante justamente para debatir, pero se engaña cuando cree que es el yo el que habla, el yo tiene muchos problemas. Nietzsche lo dijo, Freud lo dijo, y va a seguir diciéndose. Y lo notable es que justamente Sarlo no deja de advertir esas argumentaciones. Cuando narramos, dice Jerome Bruner, construimos nuestro yo, hay en esa operación un acto de que permite arquitecar un yo. Lo interesante son los yoes que surgen en la construcción narrativa, como también el lugar que estamos dispuestos a dar a los actos ficcionales textuales: plausibilidad para la construcción de sentidos epocales. Si vamos a ciertos géneros de literatura, por ejemplo, cómo no vamos a darle sentido a los testimonios de la oralidad desgarrante, que es su única oportunidad por otra parte, porque como lo dice, creo que también Shevy, la oportunidad de narrar para la justicia es mínima. Entonces, vaya mi crítica fraterna a las posiciones de Beatriz Sarlo. Y colorín colorado el cuento se ha acabado. Gracias.